

para aquellos que se dedican o se van a dedicar al campo de la formación laboral, bien desde el mundo universitario, bien desde el propio campo de la acción como responsables activos de la formación en las organizaciones. Prueba de ello son los ejemplos, anexos y gráficos tan sugerentes que va intercalando a lo largo del estudio y que facilitan la comprensión y utilización de este libro que forma parte de una colección que gira en torno a manuales y obras de referencia sobre la educación.

José Manuel Muñoz Rodríguez

SARRAMONA, J. (2002) *Desafíos a la escuela del siglo XXI*. Barcelona, Octaedro.

El título del libro es ya un acertado resumen del contenido que el autor ha tenido en mente a la hora de elaborarlo y ponerlo al alcance de cualquier teórico o práctico de la educación. Aunque su extensión es moderada, la urdimbre temática de esta sugestiva obra es rica y densa al tratar con profundidad y agilidad gran parte de los retos a los que la escuela de nuestro tiempo, y posiblemente más aún el que está por venir, está «más que invitada» a responder.

El autor cree convencidamente que, si bien las instancias socializadoras presentes en nuestra sociedad son cada vez más abundantes e incisivas, la escuela sigue teniendo la posibilidad de ser la principal y más influyente agencia educadora, aunque sólo sea por la razón sociológica de tener en su seno a *todos* nuestros niños y jóvenes

durante, al menos, los diez años más plásticos de su ciclo vital formativo. Es desde esta toma de postura que analiza cómo la institución escolar ha de reaccionar ante algunos cambios sociales de gran significatividad que afectan a su tarea no sólo instructora, sino fundamentalmente educadora. Cambios que no sólo han de ser encajados lo mejor posible por los centros escolares a fin de no desestabilizar su razón de ser, sino que han de ser entendidos por los profesores como oportunidades para «preparar para la vida» a las jóvenes generaciones en una dirección educativamente deseable.

El autor trata, con tanta sensatez y equilibrio como con actualización de datos y referencias bibliográficas, siete cambios palpables y de indudable repercusión social-escolar a través de otros tantos capítulos: la transformación de la familia, la demanda social de calidad, la presencia de múltiples fuentes informativas, el fenómeno de la globalización e interculturalidad, el creciente pluralismo deseablemente democrático, la pérdida de valores tradicionales de referencia..., y la influencia sobre el mundo laboral de los incesantes cambios tecnológicos y económicos.

El ánimo de esta reseña no es, por supuesto, pretender hacer una síntesis mínima de cada uno de esos capítulos, sino destacar algunos puntos temáticos —entre otros muchos— que ilustren en alguna medida el interés que este libro puede tener para sus lectores. En este sentido deben entenderse los ejemplos que siguen.

La escuela se está convirtiendo frecuentemente en la práctica «en la principal institución socializadora, en el

único lugar donde muchos niños encuentran la posibilidad de interactuar con sus pares, y donde existe una normativa de convivencia colectiva que debe ser respetada de forma permanente» (p. 19). No es extraño que, ante situaciones de fracaso escolar, se intente «culpabilizar al entorno familiar y social de los alumnos, sea por privación o por falta de atención directa de los padres hacia la escolarización de sus hijos...; pero es igualmente cierto que la actuación de los centros escolares puede ser decisiva para la recuperación de alumnos que, de otro modo, pueden quedar irremisiblemente marginados del sistema» escolar y social (p. 27).

«La escuela deberá centrarse en sintetizar y estructurar de manera coherente el conjunto de informaciones que llegan a los alumnos en forma de “cultura mosaico”...; pero además deberá potenciar la capacidad crítica para poder juzgar adecuadamente las informaciones y valores recibidos, de modo que los sujetos no resten indefensos ante los posibles efectos alienadores que los medios de comunicación puedan pretender» (p. 52). «El peligro que se apunta en el empleo generalizado de las nuevas tecnologías en la educación escolar es que no lleguen a comportar un cambio real de paradigma en el proceso de aprendizaje, sino sólo un cambio de instrumentos; se podría decir que los instrumentos no son neutros y que su empleo ya comporta cambios en los procesos didácticos escolares, y así es en efecto, pero cabe analizar la dirección de tales cambios; por indicar sólo un aspecto, existe el peligro de reforzar concepciones estrictamente conductistas del aprendizaje porque

éstas se adaptan bien a la realización de programas informáticos de diseño simple, con lo cual no se alcanzarían los niveles del aprendizaje más complejo, que requieren formas didácticas más elaboradas» (p. 55).

En nuestro tiempo «ya no se puede afirmar que los pueblos no pueden ni desean vivir aislados. Si el siglo XIX ha sido el siglo de los estados, y el XX el de los continentes, el siglo XXI será el siglo del mundo; será el siglo del mestizaje étnico y cultural» (p. 63). En este contexto nuevo, «vivir juntos implica convivir con personas de distinta etnia, religión y cultura, compartiendo un mismo territorio pero también un proyecto común de sociedad, donde tenga cabida la diferencia porque hay coincidencia en lo fundamental» (p. 66).

«La respuesta que la educación escolar deberá seguir dando al pluralismo intracultural [democrático] será la explicitación de los factores comunes a las diversas opciones ideológicas, al tiempo que se fomente el respeto de aquellos que no son compartidos por todos» (p. 83).

No falta quien defiende que «la escuela debiera limitarse a hacer aquello para lo que está preparada y puede hacer bien: la instrucción...; pero hay que afirmar rotundamente que la escuela no puede dejar de lado los valores que han de impregnar toda actividad de aprendizaje y de relación social; debemos decir más bien que la escuela “no puede dejar de educar”, porque tanto lo que hace como lo que deja de hacer tiene implicaciones morales...; en realidad, los docentes se saben educadores y su angustia no la produce el dejar de educar, sino

constatar cómo muchas veces están solos en esa tarea» (p. 92).

Respecto al papel de la escuela ante el mundo del trabajo, «aparte de los conocimientos básicos están las habilidades personales que tienen una incidencia directa sobre la actividad laboral y que aún hoy parecen ajenas a la preparación que proporciona la escuela; se trata del conjunto de habilidades que se encuadran en la ya ampliamente conocida “inteligencia emocional” y que se concretan en: iniciativa, empatía, adaptabilidad, capacidad de persuasión, trabajo en equipo..., conjunto de cualidades que se catalogan como “habilidades portátiles”, y que son determinantes para el mantenimiento y promoción en el trabajo, tal como advierte Goleman» (p. 101).

Secundando el sentir del autor del libro reseñado, conviene advertir que el conjunto de breves citas anteriores en las que el acento parece ponerse en la escuela no impide reclamar con tanta justicia como necesidad un mayor compromiso e implicación de las familias y de la sociedad en su conjunto a fin de posibilitar la indudable influencia que la escuela está llamada a tener en la preparación básica de todos los niños y jóvenes, garantizándoles una equitativa «preparación para la vida» más deseable. A la vez, el acento habrá que ponerlo en la oportuna preparación de los docentes, tanto a nivel del necesario «saber cómo» actuar en la dinámica escolar ante estos cambios cada vez más vigorosos, como en la formación de actitudes profesionales centradas ante todo en la dimensión pedagógica por excelencia: la de educar, en su significado más denso.

No nos queda otro comentario, al finalizar, sino el de felicitar al autor de este libro por la clarificación de las ideas pedagógicas que tejen su obra y por la invitación que cada una de sus líneas esconde para el lector deseoso de repensar críticamente los temas más candentes que afectan a la educación escolar.

José Antonio Jordán Sierra

SORIANO AYALA, E. (coord.) (2002) *Interculturalidad: fundamentos, programas y evaluación*. Madrid, La Muralla.

De interculturalismo se ha dicho mucho y escrito más en los últimos tiempos. Pero tengo dudas sobre el grado de conocimiento al que hemos llegado, dentro y fuera de la educación. Faltan cruces conceptuales, mayor rigor en el soporte antropológico del análisis, por no hablar de las necesarias incursiones en el terreno epistemológico de un campo en el que todo el mundo parece desear una parcela de influencia. Lo cual es bueno si mejora la cara de lo anterior, esto es, si se van notando las ganas de estudiar y de experimentar mejor en el escabroso ámbito de lo social. Y ahí, antes o después, de una manera o de otra, aparece siempre la escuela, arrastrando frustraciones pero también labrando esperanzas que no son fatuas utopías. Falta trecho por recorrer, ciertamente, pero es en la escuela donde nos jugamos la posibilidad intercultural, hasta donde aguante nuestra condición, sin disminuciones ni encapsulamientos identitarios.